



JULIO CONCEPCION SUAREZ

## Ecología y toponimia

“Despoblados”, si. “Abandonados”...

Es cada día más popular el uso de expresiones con que designar (lamentar con mente, tal vez, sana) esa impresión que producen no pocas aldeas, pueblos, caseríos, “chugares”..., hoy dormidos en el silencio de cualquiera de nuestros valles, de media ladera arriba de la vaguada. Así han pasado del lamento de esos valles a los títulos de los libros, al lenguaje de la prensa o al de la ciencia, voces del tipo “pueblos abandonados, tierras abandonadas, caseríos abandonados...” y expresiones semejantes.

Y es que abandonado, en el uso popular (ya que de pueblos se trata), implica notas del tipo “descuido, renuncia sin beneficio, cese voluntario en la posesión, dejadez por menosprecio, desidia...” Pero estas notas, al pisar el “caserío”, por mucho que los artos hayan trepado más allá de las “talambras”, hasta el mismo “moño” de la techumbre; o por mucho que el ruido de la fuente sea el único saludo al visitante..., no son aplicables todas por igual a los pueblos de estos valles. Porque, todavía, un pueblo silencioso no es un pueblo abandonado.

En principio, de momento (y por lo menos) quedan los nombres. Al lado de otros muchos alicientes para objetivos de investigadores, montañeros y ecologistas de siempre, los nombres, los topónimos, son el primero y el último dato para la identidad del pueblo. Ese nombre (“La Corrona, Malveo, La Malvea, Flor’Acobos, La Marniega... La Pola...”) supone la fluida condición natural en el devenir de nuestra cultura asturiana. Y debajo del nombre siguen latiendo, entre la niebla del valle, las formas de vivienda más antiguas, la primitiva medicina rural (fitoterapia, dietética, trofologías... de hoy), el reparto de las tierras comunales, “las esquisas, las

andechas” o los poblamientos más modernos con otras formas de pasar sobre estos montes.

Y, por seguir la cadena, en la contigüidad del nombre nuevo (en “La Pola, El Parque Nuevo, La Calle Peatonal, El Campo Fútbol”...) con el antiguo (“La Iría, Reguera Pará, El Sotón, La Barraca”...), se van hilando (“afilvanando”) las sucesivas formas de cultura de cualquier “chugar” por deshabitado que lo contemplemos hoy. Y en ese progreso temporal recurrente entre lo nuevo y lo viejo, queda el nombre como muñón señero, más allá del cambio entre los cambios; para tener siempre amarrada al primer peldaño la cadena ecológica, hoy ya en los terminales de la informática, la cibernética o el teletexto de los eslabones caberos.

El nombre del lugar, el topónimo, permanece así como símbolo durable de la lucha y del pacto del paisano consigo mismo, con el suelo y con el hombre (más o menos vecino o allegado de otros lares). Eran tiempos, todavía, de simple adaptación a la circunstancia y al medio: “Curriechos, Braña Chamosa, La Maerá, Mal Abrigo, La Muelga, Misiegos, La Marniega, El Molín de la Sala, El Nociu, El Trechuru, El Masgaín, Las Pegas, Cutu Resu, Cuatro Vientos, Muñón Cimeru o Fonderu”... y tantos más.

Aquellos primeros y sucesores astures de estos “pericuetos” iban, así, sellando con los nombres los lugares donde habían de levantar sus corras en lo más alto del cordal; advertir de su territorio a los atrevidos vecinos disputando “un carampanal”; abrigarse del temporal en el camino; recoger “carra piechos, carámpanos y morquitos” para inviernos con menos melindres que hoy; moler la cebada y la escanda; subir a la braña y a la bovia con sus pocos ganados en el verano; in-

vernar en el refugio del valle..., o simplemente luchar con el viento desde una choza, tradicionalmente (y sin saber muy bien por qué) instalada en cualquier “canturrial”. Una monótona cadencia, pero que no es para olvidar tan pronto.

El rumor ingenioso de los valles silencia ahora el murmullo de los “mayaos” en torno a las cabanas de los altos. Entre ambos, a media ladera alentiza esa vida de los pueblos, que a veces “alienda” un poco más los fines de semana. Pero esos pueblos (como se dice del que sufre en silencio), “aliendan”. Y cuando parece que todo se acaba, quedan por menos los “trabes de los horros”, las muelas de los “rabiles”, los rastiechos de los batanes, las “cambiechas de tazar, algún truebanu por las talambras, carquexa, axenso, xixtra o xabú” en los “correos” de los más cautos..., Nombres..., datos culturales escasos pero suficientes, para quien vuelve o quiere también empezar a leer en el lenguaje silencioso de esa cultura rural. Una cultura que no se sabe bien si es que acaba o vuelve a alentar de otra manera.

Es la otra forma de aprender también a leer esa palabra toscamente tallada por lejanas manos, o simplemente dormida sobre tantas leras, cortinas y morteras en torno a las casas de cualquier (eso sí) hoy despoblado. Y para esa otra forma de leer alguien sigue y tendrá que seguir por mucho tiempo pisando, soñando con algún cimero caserío bajo la misma “pena” (no sobre la pena) que preside el valle muy lejos de una plaza mayor, un museo posmoderno o el último centro de informática. Cada cosa tiene su cosa.

Y en ese mosaico de respetos a lo que es cultural y cultural, se ensambla mejor con “pueblos” la voz “deshabitados”. Y es que un pueblo en silencio no es un pueblo abandonado.